

Las funciones de la oración ⁽¹⁾

Alberto WAGNER DE REYNA

Nada es más poderoso que la oración y nada le es igual.

(San Juan Crisóstomo).

Toda religión superior implica —por el motivo que fuese— una elevación interna, esto es: la oración. El Cristianismo ha hecho de ella una de sus principales prácticas de justificación (ante Dios). El Maestro mismo nos enseñó con el ejemplo —en noches de profundo dolor y zozobra— que la oración es base y punto de arranque de la vida en la gracia. El cristiano siempre ha encontrado en ella, el consuelo, la fuerza, su propio ser y la alegría.

Según los móviles que tenga el que reza y el objetivo que persiga, la oración llena diversas funciones. Ora es medio, ora es vía, ora es modo, ora es fin.

a). *Medio.*

Los monjes benedictinos enseñaron al mundo en la temprana Edad Media la fórmula imperativa de la vida cristiana: orar y laborar. Fórmula pequeña y sencilla que se refiere al hombre en su integridad, —ciudadano de dos mundos: el natural y el sobrenatural, hijo de Dios y creado de la nada— y que es la expresión plenamente existencial del antiguo binomio trunco y fragmentario, por meramente intelectual, de "teoría y práctica". Aristóteles vislumbró en la teoría la más perfecta de las prácticas y levantó así la supuesta contradicción entre ambos térmi-

(1) Capítulo de un libro en preparación.

nos; la bipolaridad se resolvió en unidad, en la cual la práctica tiene por entequeia la teoría. Con esta magistral interpretación del Filósofo, ambas se convirtieron en grados —escalones— distintos de una misma acción.

A pesar de la radical diferencia entre ambos imperativos —el pagano y el cristiano— sucede lo mismo en el "Ora et Labora"; no son ellos opuestos: la oración es la más alta de las obras y ambas acciones de la vida plena. Si la teoría dirige a la práctica, y lo interior determina lo externo, si la luz parte del sol, la oración, de igual modo, da sentido al trabajo. Este, por ella, se torna también en medio —camino— hacia y en el Señor; de ella extrae asimismo su fuerza y resistencia. La vida cristiana tiene su centro de gravedad en el orar.

El verdadero rezo tiene, empero, a su vez un supuesto irrenunciable, un punto de apoyo: el silencio. Sólo si todas las fuerzas del alma se recogen en sí mismas y vuelven sus espaldas al mundo, habrá silencio en el alma y la soledad la envolverá por entero. A ese abismo silencioso del alma bajará el Señor y por El podrá subir, junto con la suya, su oración a los Cielos. "Yo llevo el alma a la soledad; allí le hablaré en su máxima interioridad" (2). "Nadie llega al Padre sino por mí" (3). "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado, no lo llama" (4). La oración nace en la soledad y sólo sube a Dios por Cristo, y sólo tenemos a Cristo porque el Padre —en la gracia— nos lo envía a la caba oscura de nuestra más profunda morada.

La fórmula antes enunciada adquiere así un tercer término: el callar. El silencio en la gracia es el ámbito de la oración y ésta encamina, dirige y eleva el trabajo a un plano superior; el trabajo recibe su vigor moral de la chispa del rezo. Este, frente a aquel, es el resorte, el medio de justificación.

(2) Oseas 2, 14.

(3) S. Juan 14, 16.

(4) S. Juan 6, 44.

b). *Via.*

La vida humana es azarosa; no en el sentido de estar regida por un hado ciego y despiadado, sino como situación inestable y en ninguna forma asegurada. Si a esto se añade que el mundo es "un valle de lágrimas", se tendrá conciencia de "cuan presto se va el placer" y de lo largo que es el dolor. Se sabrá que las necesidades que nos impone la realidad son como aquellos dragones mitológicos, a los cuales por cada cabeza cortada, nacen siete más feroces y voraces.

El cristiano toma a pecho que el hado es una suposición pagana, que el mundo no está regido por una fuerza implacable y traidora, sino por la voluntad providente de Dios, sin cuya aquiescencia no cae ni la hoja del árbol. En la desgracia, en la necesidad, en el dolor, en la esperanza, el hombre recurre al Hacedor y Maestro de todas las cosas: reza. Implora la benevolencia de Dios, y así su oración adquiere sentido de súplica; en ella el hombre reconoce el abismo que hay entre el que no puede nada y el que puede todo. En la súplica el hombre reconoce su contingente pequeñez y pobreza frente a la Majestad Divina.

Sólo en virtud de este acto de humildad, en que el hombre se coloca en su verdadero sitio, a despecho de la incitación diabólica a la soberbia, que le miente una esencia casi igual a Dios, es posible que haya súplica. Por ella el hombre, haciendo uso de su libertad, se entrega expresamente a la mano de la providencia (5).

El suplicar es desde muy abajo hacia muy arriba, y únicamente desde esa lejanía puede ser oído. El premio de la humildad —que por lo demás no es sino verdad— es la concesión del favor. Al más pequeñuelo de espíritu escucha más el Señor; cuanto más suave y callado, tanto mayor fuerza y valor tiene (6).

(5) La objeción: ¿Qué sirve la súplica cuando los juicios de Dios son inmutables? ha sido contestada por Santo Tomás (S. Th. 2.2. qu. 83) diciendo que los juicios de Dios han sido hechos tomando en cuenta desde la eternidad la libre oración del creyente.

(6) Una súplica especial es la oración expiatoria y el rezo que implora perdón. En ellos se solicita una gracia espiritual: olvido y salvación.

Con la súplica el hombre vence la adversidad humana, la vence incidiendo en su fuente, en la base de su realidad, en la voluntad divina. El mundo y el pecado ceden ante la súplica (inflamada de fe); frente a ella las montañas pierden sus raíces y son como granos de arena.

La súplica es la vía de liberación, el crisol en el cual se funden las desventuras, es el camino hacia arriba, donde el corazón es ancho y Dios lo quiere bien.

c). *Modo.*

El hombre sabe que su centro, que su profundidad es silencio y abismo, un estar solo y desamparado. Su vida diaria (7) consiste en huir de su intimidad, en olvidarse de ella, en estar siempre fuera de su verdadera casa.

Ajeno a sí mismo, donde los demás, donde las cosas, en los placeres o donde estuviera, el hombre se encuentra en constante fuga de su propio yo. Pero en vano, cuando se cree más lejos de sí, surge ante sus ojos su fantasma. Como la sombra física, va nuestra sombra interior precediéndonos en los caminos más remotos. El espectro de la huida nos la hace insoportable. La angustia nos acosa y acorralla: no hay otra evasión que dirigirse hacia Dios — en el orar. ¿Pero dónde se reza a Dios? Dirá alguien: "En la Iglesia" y otro "En cualquier sitio". Pero ese es el lugar externo y adjetivo, espacial, y el alma no está sujeta a él. El alma necesita para orar un ámbito inespacial —el *templum Dei* por excelencia— donde encuentre a Dios. Y ese es el recogimiento de nuestra soledad.

El único lugar donde nos hallamos seguros de nuestro abismo interior es en ese mismo abismo, donde Cristo eleva al cielo nuestra oración. Sólo aceptándolo, haciéndonos responsables por el silencio profundo que es nuestra medula espiritual, podemos vencerlo y liberarnos de él. Huyendo de la huida, volviendo sobre la sombra que nos persigue, recogiéndonos en el abismo silencioso de nuestra alma, lo habremos superado.

(7) Sobre la decadencia en lo diario, véase mi libro "La ontología fundamental de Heidegger".

Pero esta superación no se realiza en el campo natural y mundano, el volver a nuestra oscuridad, para rezar a Dios, se realiza con signo distinto. Salimos en fuga y perseguidos bajo la égida del mundo, con el deseo de darnos a él y obtener sus supuestas ventajas; volvemos por la ruta señalada por el dedo invisible de la gracia, al único lugar donde podemos encontrarnos con El. Tornamos como el hijo pródigo, que salió para ganar y perdió todo, pero que habiendo dilapidado toda su hacienda, ganó el perdón amoroso del padre y obtuvo así, frente al hermano que quedó en casa, un amor nuevo y más alto, el amor que tiene el pastor por la oveja encontrada.

El hombre salió de aventura al mundo, aventura necesaria para ganarse a sí mismo, para ser verdaderamente dueño de su propio ser; esta es la arriesgada empresa de la existencia, que sólo se vence en la resolución radical de desechar lo satánico y recurrir sumisamente a Dios (8).

De vuelta el hombre hacia su silencio y abismo, en el recogimiento despectivo del mundo, que ha atravesado y superado, encuentra el hombre a Cristo como la luz y la vida en su propia oscuridad.

Hay, pues, un modo seguro y único de encontrar otra vez el camino hacia casa, hacia su propio fondo. Este modo es la oración. Al rezar verdaderamente nos acogemos y recogemos en Dios, en aquel Ser que está a la base y es principio de todo, a Aquel que es vértice, comienzo y meta. A través de Dios volvemos a nuestro abismo interior, cuya oscuridad se ha hecho resplandeciente por la mirada de la gracia.

Para emprender la oración, volvimos a la morada oscura de nuestro corazón —con temor y angustia—; en ella encontramos el consuelo y la luminosa chispa de nuestra raíz en Dios; en posesión de ella y sometidos a ella, en el fondo del abismo, lo hemos superado; somos nosotros mismos, mas ya no tratando de suspendernos sobre la nada, sino en la cumbre plácida de la caridad: no hay impenetrable oscuridad, por El, en El y con El, sino luz en las antorchas para la eternidad.

(8) Véase Peter Wust: "Ungewissheit und Wagnis".



d). *Fin.*

La oración se nos ha mostrado hasta ahora como medio, vía y modo; medio para obtener fuerza y valía espiritual para el trabajo, vía de superación de obstáculos modo de volver a la casa paterna, al hogar de nuestra existencia. Pero la oración también es fin. Esta, su más noble cualidad, su más egregia función, constituye su esencia. La oración tiene esencial y fundamentalmente su finalidad en sí misma.

¿Pero cómo?

Siendo adoración. En cuanto adoración, glorificación, magnificación del Señor, no es camino, ni modo, ni navío, es meta, término.

Todo lo creado —los coros de ángeles, la naturaleza, el hombre— fue hecho por Dios sin objeto alguno. Dios creó los seres *ut sint*, para que fueran. ¿Pues qué habría de perseguir Dios con la creación? Ella, como tal, no tiene un telos, una finalidad práctica (9). Dios la hizo y allí está. Está allí, la obra frente al autor, para dar muestra y ser pregón de su grandeza. Si bien lo creado no tiene un fin fuera de sí —perseguido por Dios— tiene un sentido, y éste es su glorificación. El sentido es en cierto modo un fin, pero muy a su manera, sutil y desinteresado, que se rebela a una comparación con la vulgar teleología, con él no se busca nada, se da libremente donde no se le espera: es el obsequio al olvido. El sentido máximo de todo lo existente es la "jubilatío", en honra de Dios (10).

*Benedicite, omnia opera Domini, Domino:
laudate et superexaltate eum in sæcula.*

La esencia última del hombre, así como la de todas las cosas, es su destino a la magnificación del Señor. Por eso el pecado, como negación de este acto exaltatorio, ataca la esencia misma del hombre; y de allí su

(9) Con esto no se quiere decir que los seres creados (en sí) no puedan ser teleológicos.

(10) La glorificación, a fuer de sentido de las cosas, no puede tener a su vez un sentido —distinto de sí— sino ha de completarse en sí mismo: siendo su propio fin. La exaltación de Dios es así, sentido de las cosas y fin de sí misma.

nombre de mortal. La aniquilación de aquella es la muerte. El decir que el pecado grave mata el alma no es, pues, una metáfora: tiene la más profunda significación metafísica.

La glorificación de Dios es, además, desde el punto de vista del hombre, un acto de justicia y una necesidad. Al Creador y Sostenedor de todo es debido homenaje y pleitesía; a la Fuente de la misericordia —que ha accedido a nuestras súplicas— es en verdad digno y justo dar gracias por sus favores. Dios, el Acto puro que implica toda perfección y excluye todo defecto, ejerce —como lo mostró el Filósofo— una atracción indecible sobre el hombre. Lo Bueno, Verdadero, Justo y Bello por excelencia es necesariamente amado. La adoración es la expresión de este amor.

Si en la súplica el hombre aceptó, en su humildad y respeto, el abismo que hay entre hombre y Dios, en la adoración éste —profundamente consciente de esa gran distancia— trata de superarla, no por soberbia, sino por amor. Por la súplica pedimos una gracia espiritual o material —egoísta—. En la adoración, el hombre se da todo a Dios; se desprende de sí mismo y se obsequia como tributo.

En la súplica rogamos para que el Señor baje hacia nosotros; glorificándolo hacemos el esfuerzo para, por su gracia, subir hacia El y entregarnos.

El abismo entre el Creador y el hombre es como el mar: une y separa; la oración es como el río: que va y lleva a la meta, "un camino que anda". Ella no es solamente, como dice San Juan Damasceno "*elevatio mentis ad Deum*", sino también, como dice el Doctor Angélico: ascenso del intelecto hacia Dios (*in Deum*).

En nuestra meditación hemos marchado de la periferia al centro: partimos de la actividad y trabajo, para mostrar que ellos son solamente fructíferos a base de la oración. Una vez en ella, se dió que rezábamos para obtener de Dios algo para nosotros. Lo más importante, empero, que podemos desear es Dios mismo; en cuanto lo tenemos a El también nos tenemos desde el fondo a nosotros. Mas en la presencia divina sólo hay una actitud posible: la adoración. Resulta así, pues, que

la fuente del trabajo en último término, es la glorificación del Hacedor.

Este camino —de fuera hacia dentro— fue seguido teniendo en cuenta el espíritu que actualmente predomina en el mundo. El hombre de acción, de voluntad firme y resuelta, emprendedor —el hombre práctico— es el tipo ideal de nuestros días. Teniéndolo presente, hemos partido del trabajo para mostrar la conexión que tiene el orar con la actividad.

Pero esta forma de exposición no debe ser interpretada como dirigida a dar a la vida práctica —labor— el primado sobre la vida contemplativa —oración—. Con referencia a la liturgia ha tratado y discutido Romano Guardini luminosamente este asunto: el hombre de hoy, lector de Nietzsche y que quiere aprovechar su tiempo hasta el último minuto, da —sin cavilar— una decidida preeminencia al Ethos sobre el Logos, a la voluntad sobre el conocimiento. Esta actitud modernista y protestante lleva inexorablemente al fracaso espiritual — y a largo plazo también al material. La voluntad se decide, mueve la acción, pero es ciega, es fuerte pero voluble. Ella tiene necesariamente que ser encaminada por el conocimiento, que echar sus raíces en la verdad, que es inmutable y no se preocupa por la acción: en la verdad que es el ser en cuanto está descubierto y que por lo tanto: allí está, siempre la misma; inmutable. La voluntad (si no quiere ser ciega) debe estar referida a ella. El conocimiento en cambio no está encaminado a la realización; le da lo mismo ser actualizado o no (11)

Esta realidad es plenamente reconocida por el catolicismo, según el cual el dogma es antes que la moral, la adoración anterior al esfuerzo. En principio era el Logos — no la Acción.

La oración tiene primacía sobre la labor, la vida contemplativa sobre la activa, María sobre Marta. Como la verdad dirige el querer, así también aquella promueve el recto desenvolvimiento del trabajo. "Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás os será dado por añadidura".

(11) Esto no quiere decir que la voluntad derive su significación o su dignidad del conocimiento. Se trata aquí únicamente de una primacía en cuanto al orden.

Mediante la adoración, nos habremos ganado a nosotros mismos. Por ella también habremos alcanzado que Dios derrame sobre nosotros su gracias —pues es el Buen Pastor que quiere a sus ovejas—. Teniendo el socorro de Dios y en posesión de nuestro yo, habremos conseguido también aquella gracia, fuerza e impetu necesarios, no solamente para justificar y hacer valioso nuestro trabajo ante los ojos del Señor, sino para realizarlo con eficiencia y seguridad.

Lo móvil requiere del motor, la guerra saca sus fuerzas de la paz, pero sin embargo y por eso más vale el motor que lo movible, más que la batalla la paz.

En la adoración hay verdad en el amor, y la posesión amorosa de la verdad suprema da aquella alegría que no se puede encontrar por los caminos del mundo. El *verdadero* cristianismo no es, pues, "agonía" ni tragedia; es la infantil alegría de los que se saben hijos de la Luz.

La función esencial de la oración, aquella en la cual es fin propio, es adorar a Dios. Ella se justifica a sí misma; es una contemplación de El adelantada en la tierra. Sus consecuencias secundarias —lo que se suele perseguir afanosamente en sus demás funciones— vienen sin ser buscadas como la claridad con el sol, como el frescor con la nieve.

Alberto WAGNER DE REYNA.

(Especial para "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA")